

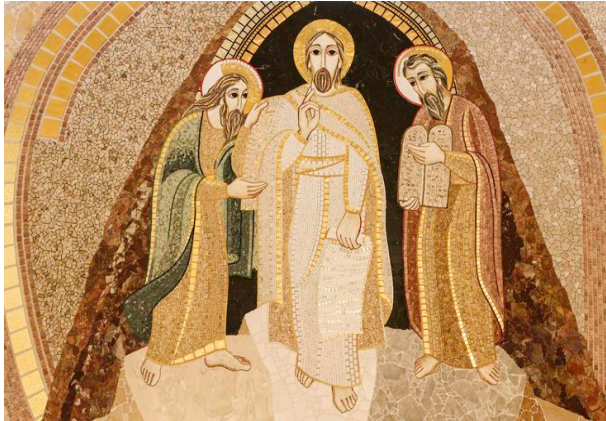


ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Antídoto para no desfallecer

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 17, 1-9 (2º Domingo de Cuaresma del Ciclo A – 8 de marzo de 2020)



Los lunes y los miércoles suelo ir a Las Norias de Daza en Almería a ayudar a un grupo de chicos y chicas provenientes del Magreb y del África subsahariana que quieren aprender español. En uno de los ejercicios para aprender ortografía apareció la palabra “desfallecer” y, al ver sus caras, deduje que no sabían su significado. Para intentar transmitir el significado de la palabra se me ocurrió pedirle a Luc (el nombre lo he

cambiado) que nos contara cómo fue su viaje desde Senegal hasta Almería con el objeto de destacar aquellos momentos en los que hubiese podido “desfallecer” y abortar el intento de llegar a Europa. Uno a uno, con una sonrisa en los labios y una mirada brillante, fue desgranando los lugares que recorrió: Senegal, Malí, Burkina, Nigeria, el desierto del Sahara, Argelia, la travesía en patera hasta Cagliari, Francia, Barcelona y Almería. Yo escribía admirado la ruta en la pizarra y escuchaba con atención cómo había sorteado con fortaleza y decisión el duro camino. ¿Qué lo motivaba? ¿Por qué no desfallecía? les preguntaba a los demás alumnos... Porque tenía una ilusión y una meta que lo hacía levantar en los momentos de duda y frustración, contestaban, entendiendo el sentido de la palabra “desfallecer”.

Al contemplar la escena de los discípulos y Jesús en el Tabor vino inmediatamente a mi memoria y a mi corazón la historia de Luc.

Las dificultades del camino... El camino del discipulado no está exento de momentos de intenso dolor y frustración. La sombra alargada de la cruz está presente cuando nos damos cuenta de nuestras innumerables limitaciones y cuando constatamos que nuestra vulnerabilidad hace que surja en nuestro interior el deseo de abandonar que es capaz de robarnos la alegría, la ilusión y minar nuestras hondas convicciones. También aparece la sombra de la cruz cuando nuestra apuesta por el proyecto contracultural y revolucionario de Jesús de Nazaret nos pone en la mira de quienes se alían para silenciar nuestras voces por medio de estrategias como el desprecio, la irrelevancia, la difamación y, en algunos casos señalados, con la persecución hasta el martirio. No podemos negar que la cruz, llamémosla como la llamemos, está presente en el camino de todos los seres

humanos y que, detrás de ella, están las condiciones de posibilidad para construir un mundo distinto desde el esfuerzo, la tenacidad, la perseverancia y la resiliencia.

El final del camino... Los discípulos de Jesús recibieron como un jarro de agua fría el anuncio de la pasión. Sus mentes no alcanzaban a entender por qué el Maestro tenía que padecer y por qué era necesario que, para llevar a cabo la misión que le encomendaba el Padre, tenía que pasar por el escarnio, la humillación y el dolor de la traición. Las dificultades del camino les abrumaban y el desfallecimiento podría estar planeando en el horizonte.

Jesús, que conoce a la perfección a sus discípulos, les muestra, a través del misterio de la Transfiguración, cuál es el destino final del camino: la gloria, la vida y el triunfo sobre la muerte. La última palabra para Dios no es la muerte ni la aniquilación sino la Vida con mayúscula, esa que nos comunica generosamente Jesús: “Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn. 10, 10).

En nuestro camino, como lo decíamos arriba, no exento de cruz, es importante tener claro cuál es el horizonte, qué es lo que llena de sentido lo que somos y hacemos y qué “justifica”, o por lo menos nos hace entender e integrar con paz, el dolor y el sufrimiento. Nuestra implicación con el proyecto de Jesús no tiene objetivos y metas pequeñas, aspiramos a la gloria, a construir, entre todas y todos, un mundo nuevo como lo soñó Dios desde la primera hora de la creación. Un mundo donde el amor, la justicia, la verdad, el perdón y un lista enorme de cosas buenas y bellas, sean realidad para todos. Ver y comprender el destino de nuestro camino y misión nos fortalece, nos anima y no nos deja desfallecer.

Escuchar y bajar al tajo... Pero la historia no termina en ver el punto de llegada. Hace falta bajar al tajo e implicarse con tenacidad en las causas justas del Reino que son los peldaños que hay que escalar para llegar a la meta de la vida que nada ni nadie nos puede arrebatar. La tentación de una espiritualidad desencarnada, bellamente descrita por Mateo con la expresión de Pedro: “Señor, ¡qué bien se está aquí!”, no debiera estar en la mente de los seguidores de Jesús pues nos anima el destino y la meta pero nos alienta el compromiso histórico de la liberación.

Para finalizar, una actitud básica: escuchar al Hijo que entrega su vida para que tengamos vida. Que este tiempo de cuaresma sea un tiempo de gracia para abrir de par en par los oídos y escuchar a Dios que nos habla a través de su Hijo, de los hermanos y de la historia.